

# CRIMEN EN HOLLYWOOD

15

C. FITZSIMMOS



COLECCION

*Rastros*

Cuando Ethel Thomas, escritora de misterio octogenaria y detective aficionada ocasionalmente, recibió un telegrama de su sobrina Stella que decía «Estoy atrapada en un lío espantoso, sin poder moverme», dispuso un asiento en el próximo vuelo transcontinental con destino a Hollywood, solo para descubrir a su llegada que el «desastre horrible» era un asesinato. A pesar de su edad, la señorita Thomas no era ajena al asesinato, ya que había participado en varios casos en su nativa Nueva York, pero ahora se encuentra en el mundo desconocido de la industria cinematográfica y está enredada en una red de chantajes, corrupción y asesinato, mientras tiene que lidiar con un detective de policía desconocido y hostil. Con los cuerpos amontonados, se requerirá de todo su ingenio y encanto para liberar a su sobrina y a ella misma del «desastre espantoso» en el que se encuentran.

# CRIMEN EN HOLLYWOOD

C. Fitzsimmons

## CAPÍTULO I

Recordando ahora todo lo sucedido, supongo que fue inevitable el hecho de que Martinique muriera. Empero, no sentí yo ninguno de mis acostumbrados presentimientos respecto a él, y debo admitir que su muerte, a pesar de lo mucho que la merecía, me resultó una sorpresa inesperada. Ocurrieron tantas cosas, se vio complicada tanta gente en los primeros acontecimientos que llevaron a esa muerte, que estuve completamente absorta en todos ellos y cerré los ojos a los sucesos que realmente tenían importancia. Al revistar ahora todo, los pasos de la investigación están claramente marcados y son bastante lógicos aunque, por supuesto, cuando las cosas ya han ocurrido todos los hechos se ajustan con una precisión extraordinaria.

Nada sabía en absoluto respecto al caso esa mañana en que el avión transcontinental planeó sobre un valle rodeado de montañas y yo divisé el aeropuerto de Hollywood.

Y no había razón en ese momento para que yo sospechara de la jovencita nerviosa de ojos grandes y expresión inquieta, la que al ver el aeropuerto se volvió desde la ventana y se puso su chaqueta de visión.

Estaba la joven impaciente por aterrizar. Su pequeño pie golpeaba nervioso sobre el piso. Tuve deseos de decirle que dejara de hacerlo o iba a hacer un agujero en el delgado piso del avión y todos caeríamos hacia la tierra, que se adelantaba hacia nosotros a una velocidad terrible. Toda la noche había estado haciendo conjeturas respecto a esa joven, preguntándome por qué se mordía las uñas con tanta

nerviosidad. Era una rubia bonita y suave, digna de ser querida por cualquier hombre. Una muñequita que debía ser adorada y cuidada. Necesitaba alguien que desarrugara su entrecejo y quitara el temor que se reflejaba en sus grandes ojos.

¿Estaría también ella por enfrentarse a un problema desconocido que la esperara detrás de las montañas contra las que se hallaba ubicado Hollywood, o conocía su problema y estaba dispuesta a enfrentarse con él, a pesar de sus temores, y que el diablo se hiciera cargo de las consecuencias? ¡Pobre niña! Sentí deseos de ayudarle y traté de entablar conversación con ella durante la noche, pero no demostró deseos de querer conversar conmigo. Se protegió con una muralla de silencio mientras se mordía incesantemente las uñas.

La otra mujer, a semejanza de ella, parecía ansiosa por aterrizar. Era del tipo conversador y me contó respecto a Hollywood, su carrera y sus ambiciones. Venía de Broadway, donde acababa de triunfar, en respuesta a una llamada de Hollywood para llevar a cabo una prueba para la parte de Annabella en «Las Mareas».

—Hice que vinieran a buscarme —me había dicho, segura de sí misma, ansiosa y con extraños resplandores reflejándose en sus ojos. Me di cuenta de que estaba deseosa de lograr el papel, y que removería el cielo y la tierra para conseguirlo.

—Parece una tontería el probar a Auriel Dodd para darle un papel, ¿no le parece? —prosiguió.

Yo no sabía nada del asunto y estaba dispuesta a asentir, pero ella estaba muy segura de sí misma y siguió diciendo:

—Todos saben lo que soy capaz de hacer, pero ya ve usted.

El avión efectuó una larga curva por sobre el aeropuerto para enfrentarse al viento. Siempre me siento algo inquieta cuando un avión comienza a aterrizar; la tierra parece ele-

varse con una velocidad tan terrible como si quisiera tomar al pájaro mecánico y atraerlo hacia su seno. Aparté la vista de la ventana y probablemente por vigésima vez leí el telegrama que me obligara a mí —Ethel Thomas, anciana, detective *amateur* y (de acuerdo a lo que he oído decir) entremetida— a decidirme a venir a Hollywood. El telegrama era de mi bisnieta, Stella Wayne.

«Estoy en terrible dificultad, atrapada; no sé a quién dirigirme —leí—. No puedo decirle a mamá. Te necesito a ti y tu ingenio como nunca se han necesitado. Estoy desesperada, perdida, si tú no vienes. Quizá perdida a pesar de ti. —¡Zorrita! Eso era un reto para mí y ella lo sabía—. Por favor, Ethel, ayúdame. ¡Ven enseguida! ¡Vuela! Cualquier cosa, pero ¡apúrate! ¡Apúrate! ¡Apúrate!».

¿Qué mujer podría haber resistido un ruego tal, pletórico de interesantes posibilidades, aun cuando probablemente estas fueran exageradas en grado sumo?

¡Cuán típico de la familia Wayne era ese despilfarro de dinero, como lo demostraba el telegrama! ¡Cuán típico de Stella cuando se veía en dificultades! Era, en efecto, muy típico de todos los Wayne, quienes nunca hicieron nada con sencillez y calma desde el día aquel, hace más de un siglo, en que el joven Silas Wayne se casó con una actriz y desafió a su indignada familia, forzándola a aceptar a su esposa, y acogerla en el seno de la familia a pesar del horror que sentían porque algo así le había sucedido a un Wayne. Yo conocía a la anciana Stella Wayne, la actriz. Era ella una anciana cuando yo era una niñita, y sé que fue ella la que introdujo fuego y animación en la fría sangre de los Wayne, una herencia que ardía fogosa en la generación presente. Y debido a esa mujer me hallaba ahora volando por sobre el *Western Airport*, sin saber nada, temiendo lo peor, esperando que el asunto no fuera grave. Stella estaba en dificultades, de eso no podía haber ninguna duda.

Había examinado los diarios para averiguar cuál podría ser esa dificultad; pero nada había hallado fuera de los

acostumbrados chismes de Hollywood. Ni una sola palabra pude encontrar de esa catástrofe que había ocurrido a Stella. La reputación que tengo la debo a mi asociación con varios casos de asesinato. Creo ser una buena amiga en cualquier emergencia. Así lo deseo. ¿Me llamaría Stella con tanta urgencia por algo que no fuera un asesinato? Durante todo el viaje estuve diciéndome que no podía ser un asesinato. Tenía la esperanza de que lo peor que podía haber ocurrido sería que Stella se hallara envuelta en las redes de algún pillo inescrupuloso, al que se podría poner en su sitio con la técnica adecuada. Pero ¿podría ser que Stella se hallara complicada en un asesinato?

¡Asesinato! ¡Seguramente que no! Empero, ¿por qué no? Las pasiones humanas no tienen en cuenta el dinero ni la honra de la familia. Aun la gente a la que consideramos buena está apenas cubierta por una ligera pátina de civilización que sólo puede soportar cierto grado de esfuerzo. Bajo la superficie somos todos primitivos y tenemos pensamientos y deseos que guardamos celosamente ocultos en lo más íntimo de nuestras conciencias.

La causa de ese telegrama no podía ser una situación sencilla. Los Wayne están siempre dispuestos a reírse de las dificultades. Stella no lo hubiera enviado ni lo hubiera redactado de esa forma a menos... ¿Sería posible que estuviera complotada con los agentes que me habían estado molestando para que yo aceptara un puesto de escritora en Hollywood? ¿Se habría vendido a ellos con el solo propósito de que yo fuera allá? No. Stella no. Nunca hacía nada a ocultas. Ni por el mejor agente de Hollywood se hubiera rebajado a jugarme una treta de esa naturaleza.

«No puedo decírselo a mamá». Esa frase se grabó en mi mente. Por supuesto que no podría decírselo a Henrietta. Sólo Emily Post, cuyas reglas para la vida social eran la Biblia de Henrietta, podía haberle dicho algo a esta. Empero, había habido casos en los que Henrietta había disentido con la siempre correcta Emily, pero eso fue sólo cuando ha-

bía algo que Henrietta quería hacer a toda costa. Ella tenía sus propias normas para sus deseos personales, pero siempre era correcta en extremo. Prefería ser correcta antes que humana. Estaba completamente rodeada por sus reservas sociales y vivía bajo un estandarte con estas palabras: «No se acostumbra». No pude nunca entender cómo una mujer de sangre tan fría pudo haber dado a luz hijos tan magníficos. Había sido una esposa fiel y estoy segura que habría entregado algo más que su dignidad fría al acto de la reproducción de su especie. «¡Decírselo a Henrietta!». ¡Seguramente que no! Pues ella era tan fría y hermosa, tan dura e inflexible como un témpano. Traten ustedes de imaginar que cuentan sus dificultades a un casto refrigerador eléctrico.

¡Pobre Stella! Era claro que necesitaba una confidente comprensiva. ¿Qué podría haber hecho? ¿Tendría algo que ver con su carrera ese pedido de ayuda? Todavía recuerdo la escena en el *living-room* de la casa de los Wayne cuando Stella, entrando con la cabeza alta y el fuego de la decisión en los ojos, dijo:

—Mamá, voy a inscribirme en la escuela de arte dramático. Quiero ser una actriz como mi bisabuela Wayne. No deseo otra cosa.

El viejo fantasma, dormido durante tantos años, había elevado la cabeza en el correcto *living-room* de los Wayne, y Stella se parecía mucho a aquella otra mujer que asaltara y rindiera la ciudadela de los Wayne. Stella había proseguido:

—No discutas ni frunzas el ceño ni trates de conseguir vencerme con tus llantos ni rogándole a papá. Estoy decidida. Soy tu hija y tengo tu misma obstinada determinación, pero también soy una Wayne y he llegado a un punto en que nada me importa. Estoy decidida. Será inútil que discutamos.

Así fue. Podía yo haber lanzado un hurra por esa valiente jovencita que sabía cuál era su afición y estaba dispuesta



a cumplirla. Henrietta había creado una voluntad más fuerte que la suya. Una voluntad que sabía cómo batallar con ella en su propio terreno y con sus propias armas.

Eso fue hace tres años. Había ido a la escuela y la dejó de lado para representar en teatros de verano. Del teatro de verano saltó a representar papeles de menor importancia en Broadway, trabajando y luchando para llegar a la cima, tal como lo haría un Wayne. Los exploradores del cine la habían descubierto, y ahora estaba ya en Hollywood siguiendo su lucha.

De ahora en adelante, pase lo que pase, no diré otra vez: «No haré esto o aquello». Toda mi vida me he visto obligada a hacer cosas que no creí tener que hacer, pero eso se debe a que no puedo controlar el curso de los acontecimientos, el curso de la vida que nos lleva en su correr. Repetidas veces había afirmado que no iría a Hollywood, pero mis declaraciones fueron inútiles, pues allí estaba sentada en el avión esperando que este aterrizara. Me sentía emocionada de verdad al llegar allí.

Sin embargo, no tenía deseos de hallar que Stella estuviera complicada en un caso de asesinato. No quería que estuviera envuelta en un escándalo que podría afectar su carrera, que era la vida para ella. Había elegido las películas en lugar del teatro. No había escuchado mi consejo, que era que se quedara en Broadway. Había declarado que trabajaría para el cine, pero no dejaría que Hollywood se apoderara de su alma. ¿Sería así? ¿Y cómo me afectaría a mí ese lugar fabuloso? A pesar de las insistentes ofertas que recibiera yo, no había querido ir a Hollywood. Todo ocurrió después de la publicación de mi segunda novela y de su venta a uno de los estudios. No puedo imaginarme la razón de que me hayan ofrecido un trabajo como escritora en el estudio. El agente dice que mi posición social tiene algo que ver con la oferta. Esa no me parece una explicación adecuada, sin embargo.

Me ofrecieron un contrato para que preparara mi novela para el cine; pero no tenía intenciones de ir allí. ¿Por qué lo iba a hacer? Tengo todo el dinero que necesito y, de acuerdo a lo que me han dicho, la ciudad esa es casi un manicomio.

—¡Disparates! —le repliqué al joven elegante que me visitó en nombre de la agencia.

Un poco más tarde ese mismo joven elegante me llamó por teléfono y me comunicó, con voz que hubiera derretido a una roca, que el estudio había aumentado su oferta en doscientos cincuenta dólares por semana.

—¡No! —le repliqué enfáticamente y corté la comunicación.

Él me volvió a llamar dentro de tres horas para informarme que la oferta se había elevado en doscientos cincuenta dólares más. Nuevamente me rehusé. Cada vez que me negaba, ellos aumentaban la oferta, hasta que llegó el momento en que temí contestar el teléfono o leer un telegrama por temor de acceder. Poco antes de decidirme a salir de la ciudad para que no me molestaran más, recibí el telegrama de Stella. La urgencia de la niña dio un nuevo aspecto al asunto. Por el bien de Stella quizá fuera mejor si iba yo a Hollywood ostensiblemente para cumplir un contrato y no para ayudarla. Finalmente me rendí ante la insistencia del agente y accedí a trabajar para el estudio. Les dije que llegaría a Hollywood una semana después de la firma del contrato. Inmediatamente partí de Nueva York.

Durante todo el viaje sentí inquietudes desconocidas hasta entonces. Cuando no estaba pensando en Stella, me preguntaba a mí misma cómo me las arreglaría para ajustarme al sistema de trabajo de la industria del cine...; yo, una anciana con opiniones y pensamientos arraigados. Una mujer que en toda su vida no había cumplido un solo día entero de trabajo. Si sólo la mitad de las cosas que creo de Hollywood fueran verdad, no duraría ni diez minutos. Empero, debo admitir que me sentía dominada por la curiosidad.

Tenía deseos de probar. Sin embargo, debía ayudar primero a Stella.

Nuestro piloto había posado el avión con manos tan cuidadosas y tiernas como las de un enamorado. Corríamos por el suelo ya. Allí llegaba yo, no como escritora, sino como una mujer con un S. O. S. en una mano y preguntándome de qué se trataría. No tenía la mente dispuesta para comenzar una carrera literaria, aunque no debía preocuparme por eso aún, pues el estudio me esperaba dentro de una semana y no había necesidad de que ellos supieran nada de Stella.

Nos detuvimos frente a la entrada con la precisión de una gaviota. Todos estábamos ansiosos por descender. La rubia nerviosa y Auriel Dodd parecían querer ser las primeras en tocar tierra. La rubiecita tenía los ojos clavados en la ventanilla. Vi que se operaba un cambio en su rostro. ¿Sería temor? No estaba segura. Tomó asiento para abrir su bolso y retocarse la cara. Auriel Dodd estaba lista para ser la primera. Su tocado era perfecto. Estaba lista para hacer su entrada triunfal en Hollywood.

Al bajar del avión la brisa cálida del valle me acarició el rostro. Pasó un momento antes de que lograra hallar la estabilidad completa al encontrarme nuevamente en tierra. El sitio estaba muy animado. Multitud de personas miraban por sobre la cerca de alambres. Niños con libros de autógrafos y lápices en las manos nos observaron un momento ansiosos y luego se retiraron al observar que éramos todos anónimos viajeros. Buscaban estrellas y éramos todos ordinarios habitantes de la tierra. Auriel Dodd era una desconocida para ellos.

Hombres con carteras bajo el brazo se alejaron rápidamente para abrazar a mujeres que les recibían alborozadas. Vi sonrisas felices y lágrimas de alegría mientras examinaba los rostros en busca de Stella o de algún conocido. Seguramente habría ella enviado a alguien al recibir mi telegrama.

Me sentía extraña en una tierra extraña mientras miraba a la multitud.

Un hombre moreno había recibido a Auriel Dodd y la estaba haciendo posar para tomar fotos. Brillaron las luces de magnesio. Los cazadores de autógrafos retornaron corriendo. Ella rio, conversando animadamente con todos. La oí preguntar a su acompañante:

—¿Por qué no vino, Enrico?

La respuesta del hombre no alcancé a oírla. Ella se encogió de hombros y se alejó por entre la hilera de rostros que la observaban admirados.

Mientras les observaba alejarse, salió del avión la rubiecita nerviosa, y se detuvo detrás de mí por un momento, observando a la multitud con ojos expectantes. Me volví y me pareció ver que se estremecía, pero no estaba segura. Se sentía vacilante e inquieta. Me extrañó, ya que había estado tan ansiosa por llegar y de pronto cambió de idea y, con el pretexto de arreglarse el rostro, se quedó en el avión hasta que se hubo alejado el acompañamiento de Auriel Dodd. Con la chaqueta de visón desprendida, se adelantó con pasos cortos y rápidos. No miró a derecha ni izquierda, mientras se adelantaba por la alfombra roja y trasponía la puerta. Yo traté de sonreírle amistosamente, pero su inclinación de cabeza era el *summum* de la indiferencia. Me pareció ver que en sus ojos se reflejaba una mirada de reconocimiento un segundo más tarde y seguí la dirección de su mirada, pero ninguno de la multitud pareció reconocerla y los ojos de la joven se oscurecieron de nuevo. La jovencita me tenía preocupada.

El último de los pasajeros se había alejado. Estaba sola a pocos metros del avión. Hasta la camarera, libre ya de responsabilidades, se había ido. Un mozo de cordel se acercó sonriente para tomar mis maletas. Los mirones habían abandonado la cerca. El mozo y yo estábamos solos en un mundo extraño cuando el avión se alejó hacia los hangares. Sentí un poco de nostalgia y bastante molestia,

porque en toda la multitud no había nadie conocido que me esperara..., ni siquiera el chófer de los Wayne. No esperaba a Henrietta. Ella estaría probablemente demasiado ocupada tratando de ayudar a la carrera de Stella con alguna reunión social. Porque Henrietta estaba también en Hollywood. Lo único que Stella no pudo lograr fue librarse por completo del ojo vigilante de su madre. Henrietta había seguido a su hija y, sin duda alguna, estaría haciendo palidecer de envidia a otras madres.

El mozo de cordel levantó mi equipaje y esperó hasta que le dije:

—Tomaré un taxi.

Dentro de pocos días tendría mi propia servidumbre, pues Malcolm, mi chófer, estaba cruzando el continente con mi doncella y con Debbie, la cocinera. La servidumbre estaba gozando de una vacación, pues el viaje era algo que siempre había anhelado.

—Puede usted ir a la ciudad en el coche de la Compañía, si es que no se ha ido aún. Es más barato —sugirió el mozo de cordel.

Antes de que pudiera replicarle vi a un joven que entraba por la puerta de la sala de espera e instintivamente supe que me venía a buscar. Mientras el mozo esperaba mi respuesta, el joven se adelantó rápidamente. Era un joven gigante quemado por el sol, esbelto, de cabellos oscuros y ondulados, y ojos de un azul profundo. Su rostro era grave. Lucía pantalones claros, una chaqueta de *sport* de paño muy bueno y una camisa de polo abierta en el cuello. Ensayó una sonrisa algo nerviosa mientras decía:

—Usted es Ethel Thomas, la tía de Stella Wayne, ¿no es verdad?

—Siendo que busca usted a una anciana y yo soy la única que queda, su habilidad para la deducción no es muy extraordinaria —le repliqué. Luego, imitando su brusquedad, le pregunté—: ¿Quién es usted?

—Peter Bradley. Usted es la tía de Stella, ¿no es así?

—¿Le envió Stella aquí?

Parte de su seriedad desapareció de su rostro.

—Sí, así es. Dijo que la conocería a usted entre otras cien ancianas y que usted era una en un millón. Le aseguro que ahora me convengo de que eso es cierto. —Me sonrió con expresión encantadora al adularme de ese modo.

No me puedo resistir contra el encanto de los jóvenes. Me gustaba el muchacho.

—¿Dónde está Stella? —le pregunté sonriendo.

—Trabajando. —Su rostro se tomó sobrio nuevamente—. Siento haber llegado tarde. Siempre hago las cosas con el tiempo justo. Le daré todas las explicaciones que pueda mientras vamos hacia la ciudad. Si espera un momento, traeré el auto hasta la entrada.

Se alejó a grandes pasos, pero yo no esperé. Le seguí en compañía del mozo de cordel hacia un hermoso automóvil amarillo. Tomé asiento mientras acomodaban el equipaje en la parte trasera. Mientras nos alejábamos le dije:

—¿Y bien?

—Se supone que yo no le diga a usted nada, señorita Thomas —replicó él, mientras corríamos por el camino a una velocidad que me advertía lo que vendría. Pasamos por la entrada y salimos al camino principal.

—Stella me dijo que le preguntara si tendría usted inconveniente en usar un nombre supuesto por algunos días —prosiguió.

—¿Para qué?

—Es una idea que se le ocurrió.

—¿Pero no sabe ella que he venido aquí en calidad de escritora?

Una sombra le cruzó el rostro y en su voz se notaba el desengaño cuando me dijo:

—Entonces usted no vino porque ella...

—Por supuesto que sí y por ninguna otra razón. No tengo que presentarme al estudio hasta dentro de una semana y nadie sabe que estoy aquí ni me esperan todavía.

Me sentía molesta y le hablé con algo de brusquedad. Enseguida me arrepentí de mi enojo y expliqué:

—Ya que tenía que venir se me ocurrió que podía tomar parte del dinero que me ofrecieron. Así mato dos pájaros de un tiro.

Él rompió a reír, pero su misma explosión de alegría me demostraba lo nervioso que estaba.

—¿Cuándo la esperan? —preguntó cortando su risa de súbito.

—Dentro de una semana. No les avisé cuándo llegaría.

—Lo averiguarán. Siempre pasa así. Ellos saben todo. Hollywood es un sitio raro, señorita Thomas. Aquí todo es novedad. En todos lados hay chismosos con sus espías que buscan informes en todo momento. Toda la ciudad es..., bien, es algo que no puedo explicar... Siento que venga usted a trabajar aquí.

Esa declaración me pareció un reto.

—¿Por qué? —demandé.

—Porque la gente hace cosas raras en esta ciudad. Quizá sea el clima o..., quizá sea ambición. No lo sé. Todo lo que sé es lo que veo. No sé por qué...

¿Qué diablos querría decir? Permanecí esperando. No quería confundir aún más sus ya inquietos procesos mentales. Ya parecían bastante oscuros. Esperé que no me resultara una de esas personas que no finalizan nunca sus frases.

—Yo también estoy complicado en el asunto —prosiguió al fin—. Si usted la ayuda a ella, tendrá que ayudarme a mí, o... Lo que quiero decir tan tontamente es que ella quiere que usted me ayude a mí, pues eso la ayudará a ella. Ella..., ella está aturdida, no sabe qué hacer ni a quién dirigirse, excepto a usted... Y está ansiosa por conseguir el papel. Creo que moriría si no lo consiguiera.

—¡Tonterías! —gruñí, y luego miré su perfil. Él tenía la vista fija en el camino—. ¿Y su estado de ánimo, el de usted, quiero decir? —pregunté—. ¿No sabe usted que la gente no se muere, ni aun por amor?